

16 PAGINAS. 15 CENTIMOS

La Caricatura

AÑO I

MADRID 5 DE NOVIEMBRE DE 1892.

NÚM. 16.



DEL TEATRO POR HORAS

- ¡Con Champagne!
- ¡Sin Champagne!
- ¿En qué quedamos?
- En que no quiero que gastes dinero en Champagne; me lo das á mí, y en paz.



REDACCIÓN

DE

LA CARICATURA

ALAS, (*Clarín*.)

CÁVIA, MARIANO DE

FRANCOS RODRÍGUEZ, JOSÉ

LASERNA, JOSÉ

MATÓSES, MANUEL

PALACIO, EDUARDO DE

PARÍS, LUIS

PONS, ÁNGEL

ROJAS, PEDRO DE

TABOADA, LUIS

VALDÉS, LUIS

LA SEMANA

HA pasado en un vuelo.
Lunes, congreso.

Martes, congreso.

Miércoles, congreso.

Y así sucesivamente.

Entre todos el más notable ha sido el espiritista.

Se ha declarado *medium* á Colón y han quedado reducidos á *senificantes* varios santos consagrados por la Iglesia Católica.

Los espiritistas son librepensadores, pero á su manera.

Entre otras conquistas del espiritismo se halla la de la supresión de la guerra.

Será reemplazada por sugerencias á dis-

tancia, que concluirán con los malos, de golpe.

Tengo yo una vecina *librepensadora espiritista*, que se ha empeñado en convencerme ó en consentirme.

Ya ha ganado á mi criada, la cual también es libre, pero no pensadora, y un día me rompe dos platos por obligarles á que anden solos, y otro día me lleva las botas á la despensa, para convencerme de que andan solas.

Parece que el ilustre Cristóbal Colón ha ofrecido hablar cuando pasen los festejos.

Es decir, su espíritu, que ha respondido cuando le han evocado algunos señores.

Pero contesta algunas veces en italiano y otras en latín.

Esta falta de fijeza infunde recelos respecto á la autenticidad de la persona.

—¿Es con el Almirante con quien tengo el gusto de hablar?—le preguntan por teléfono espiritista.

—El mismo.

—Muy señor mío.

—¿Qué se ofrece?

—Queríamos que nos dijese usted algo del descubrimiento de América y Oceanía.

—Señoras y caballeros: yo puedo añadir muy poco á lo que ha dicho el presidente de la Academia de la Historia. Pregunten ustedes á él, que lo sabe todo, ó á otros señores que han hablado de mí y que también saben lo suficiente para el caso.

Con esto y con el estreno de *Garín*, hemos pasado algunos días.

Garín parece nombre de perro; pero es de anacoreta gótico.

Según el libreto de la ópera del maestro

Bretón, *Garín* era un ermitaño milagrero y aficionado al bello sexo.

En viendo una muchacha sola por las montañas, la enamoraba.

Y como en aquella época las chicas andaban por las montañas como las codornices, le era fácil la caza.

Teudon es un pícaro sin chispa de honradez ni de buena fe, que por vengarse del anacoreta no repara en medios.

Hay momentos verdaderamente dramáticos en la obra.

Como cuando empieza la tormenta y se oye bramar al viento y se enfía uno (y otro en la butaca) pensando en los caminantes á quienes sorprenda el temporal en el campo ó en un camino.

El maestro Bretón ha conseguido un éxito más.

Pero es lástima que se haya enamorado de ese libro con godos.

El padre de la chica parece un buen padre, pero algo arrimado á la cola.

Encomendarla á un hombre que, aun cuando sea anacoreta, al fin es hombre, y que vive al raso, como quien dice, y no tiene garantías ni sufragio siquiera, es como entregársela á un pelotón de soldados ébrios.

Y así ocurre lo que había de ocurrir.

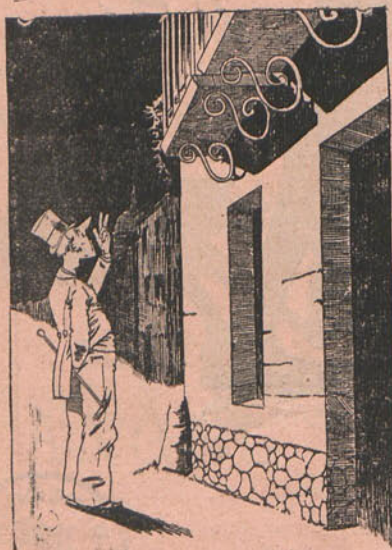
Y gracias á que no se la come después de faltarla.

Por fin, la chica puede acogerse al claustro, y *Garín* pagará sus culpas en la otra vida.

Pero, vamos, así y todo, nos hemos divertido mucho oyendo á *Garín* y compañía.

EDUARDO DE PALACIO.

TRES SON LAS CONJUGACIONES CASTELLANAS



Las terminadas en *ar*, como amar.



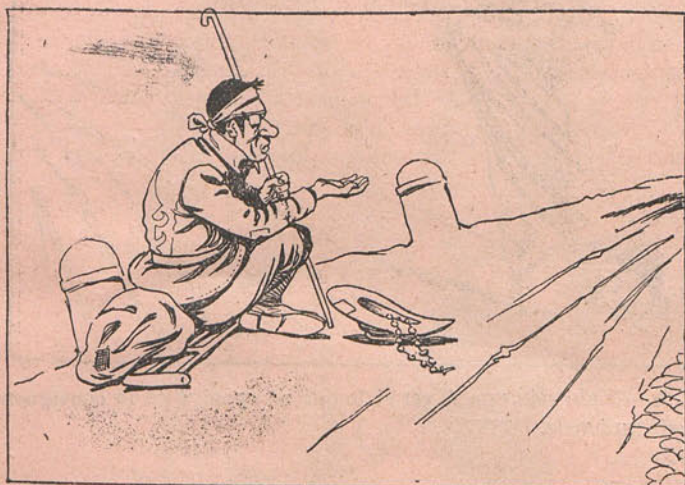
er, como leer.



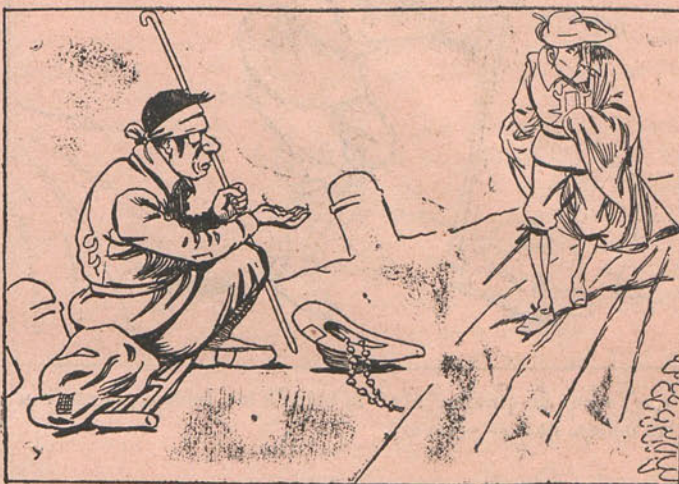
ir, como partir.

UN POBRE CIEGO

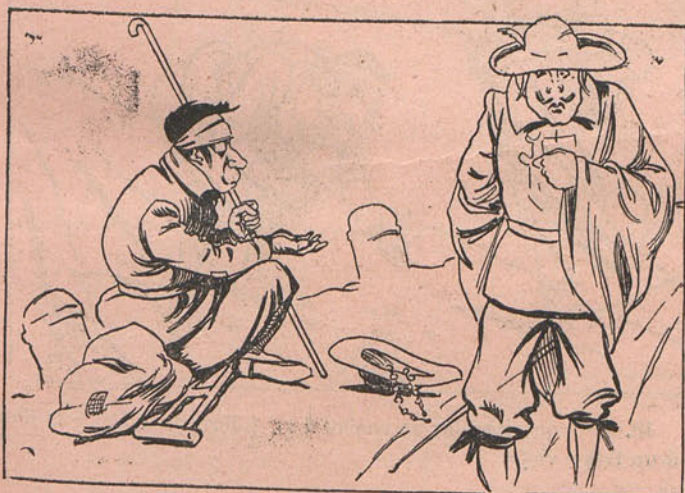
(HISTORIETA)



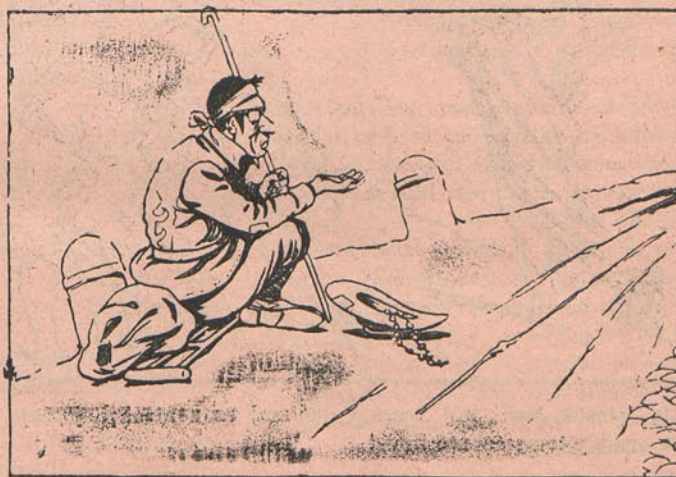
1.—Si el día es tan malo como ayer no voy á sacar para una mala copa de vino.



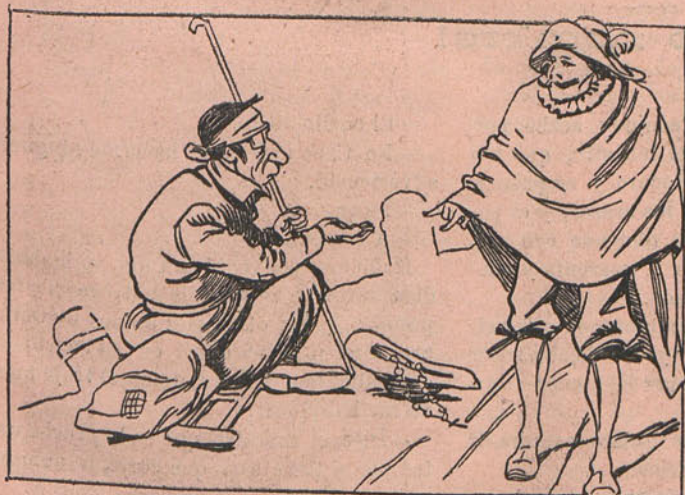
2.—Ahí viene uno. Una limosna para un pobrecito ciego que no tiene padre ni madre.



3.—Están los caminos infestados de pobres; ¡es una vergüenza que en pleno siglo XVI ocurra esto!



4.—Uno que no ha dado chispas. Ahí viene otro: una limosnita, hermano, para este pobre ciego.

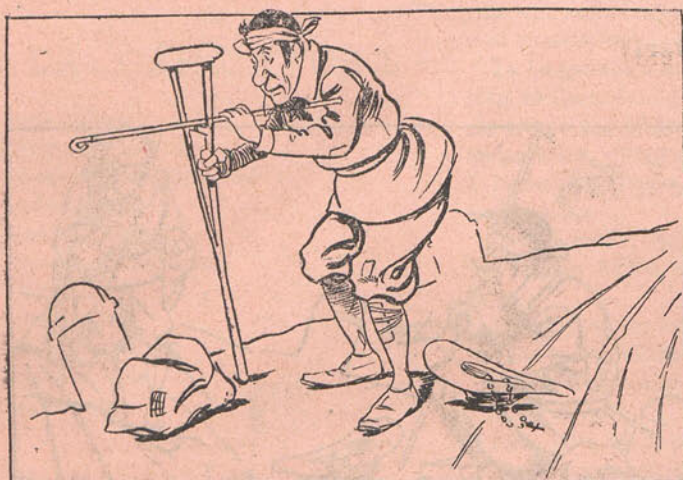


5.—¡Lagarto! Otro ciego. No se da un paso sin un tropiezo. Es una peste.

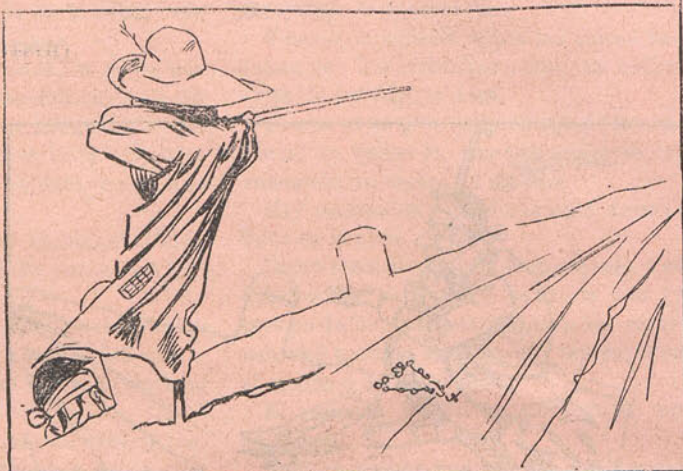


6.—Pues, señor, parece que hoy me quedo yo sin un mal mara vedí. ¡Ahora veremos!

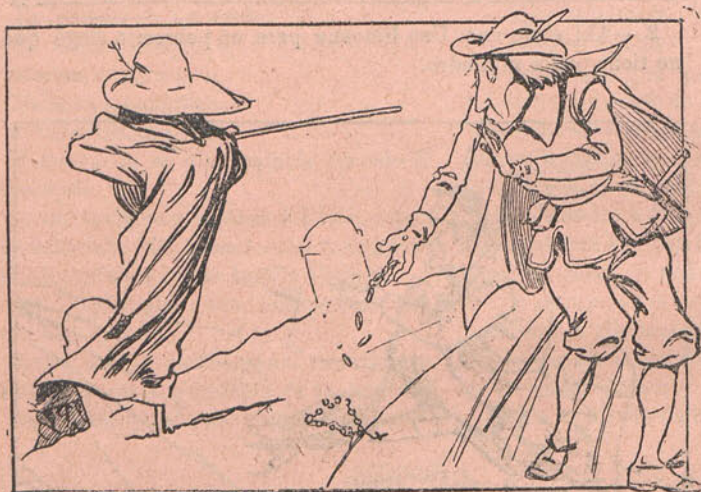
UN POBRE CIEGO



7.—Ya que no quieren abrir la bolsa á las buenas, la abrirán á las malas. Esto se pone así.



8.—Y ahí está eso. A ver si lo que no consigo yo lo consiguen mis guñapos.



9.—¡Jesús, Jesús mil veces, y qué mal encuentro! ¡Baje, baje esa arma y tome cuanto llevo!



10.—No querían dar un cuarto á un pobrecito ciego y lo dan á un trapo viejo.

¡Mi mismo nombre!

Qué sastre aquél! ¡Qué hombre tan fino y tan cariñoso!

Cuando fui á que me tomara medida del traje, el hombre se deshizo en obsequios.

—Tome usted un cigarrito—me decía alargándome la petaca.—¿Quiere usted un fósforo? Siéntese usted en este rincón que estará más abrigado.

Después nos pusimos á escoger la tela.

—Guíese usted por mí. Lleve usted esta, que es de mucha duración. Quiero que salga usted satisfecho de mi casa. Mire usted, mire usted qué punto de color tan elegante. Días pasados le hice un traje igual á D. Venancio González.

Todo aquello me sedujo y acabé por aprobar la elección del maestro, que me llevó á un cuartito oscuro y se puso á medirme la espalda, y los brazos, y el pecho y todo lo demás, diciendo con voz campanuda: veintidós... cuarenta y cinco... once... dieciocho...

Un dependiente iba apuntando estas cifras en un cuaderno, y yo me dejaba sobar por el sastre sin oponer la menor resistencia.

—Ya sabe usted que quiero larguita la manga—me permití decirle.

Y él contestó con cierto orgullo de artista sublime:

—Ya lo sé, hombre, ya lo sé.

—El cuello altito.

—No tiene usted que hacerme ninguna advertencia.

—Es que...

—A callar.

Habíamos convenido en que yo le daría diez duros en el acto de entregarme las prendas, y los otros diez á fines de Octubre. Una mañana entró en mi cuarto el dependiente y mostrándome el traje nuevo me habló así:

—Dice el maestro que se lo pruebe usted por si tiene algo que corregir, aunque no lo creemos.

Quise ponerme el pantalón y no me entraba por los pies.



LA EDUCACIÓN SOBRE TODO

—Y no olvide que para usted, mi querido D. Juan, están siempre abiertas las puertas de mi casa, es decir, siempre no, hasta las diez que cierran.

—Eso se arregla al momento—dijo el dependiente.

Fui á probarme la americana y parecía una blusa de esas que usan los papelistas.

—¿Pero esto qué es?—hube de preguntar al dependiente.

—Que ha salido un poco ancha, pero tiene fácil arreglo.

Y cogiendo las prendas salió de mi casa diciéndome:

—Cuando usted pueda, pásese por casa y el maestro hará las correcciones oportunas.

El maestro no me recibió con la amabilidad acostumbrada. Antes por el contrario, comenzó á gruñir al ver que el pantalón estaba estrecho, y la cazadora ancha y el chaleco corto.

—A ver; vuélvase usted—me decía empujándome sin ninguna consideración.—Tiene usted el cuerpo más irregular que he visto en toda mi vida. Encoja usted el vientre, hombre de Dios, que parece que está usted en estado interesante. Suba usted esos hombros, levante usted el brazo...

El traje, después de muchas reformas, quedó convertido en un adefesio; pero no

tuve más remedio que admitirlo, y lo que es peor, dar las cincuenta pesetas convenidas.

—Ya sabe usted que á fines de Octubre, debo recibir los otros diez duros, me dijo el sastre al despedirme.

—Sí, señor; pierda usted cuidado.

Pero á los ocho días me dejaron cesante y comencé á comer mal y á sufrir todo género de privaciones. Llegó mi desgracia hasta el punto de tener que renunciar al amor de una señorita, á quien obsequiaba frecuentemente con yemas de coco.

—¿Me traes las yemas?—me preguntó un día.

—No, ciélin—le contesté.

—Tú ya no me amas, Secundino—replicó ella.

—Más que á mi vida—exclamé yo.

Pero la mamá intervino en el asunto, asegurando que el hombre que no obsequia á la mujer amada no merece consideración, y dijo, por último, con acento de amargo reproche:

—¿Dónde están aquellos bisteches con que nos obsequiaba usted al principio de nuestras relaciones?

Yo enmudecí, apoyé la cabeza entre ambas manos, y fuíme á mi casa para no volver á la de mi encantadora Mariquita.

Al día siguiente recibí carta del sastre. Rompí el sobre y me puse pálido.

La carta decía:

Sr. D. Secundino López.

Tres veces estubo el dependiente á cobrar las 50 pesetas que usted me hadeaba, lo cual pues pero me las remitía sin pérdida de tiempo.»

¿Dónde encontrar las 50 pesetas? ¿Dónde? Recurrí á la amistad; escribí á un tío sacerdote que tengo en Vigo, y que me contestó enviándome su bendición y una merluza. Todos mis pasos fueron inútiles; pero á los ocho días recibí otra carta del sastre, diciendo que me iba á dar un golpe donde quiera que me encontrara.

Y desde aquel momento ya no tuve reposo. A cada paso creía ver los ojos del sastre que me miraban con ira reconcentrada; no me atrevía á salir á la calle, ni á pisar fuerte, ni á estornudar, temiendo que mi acreedor estuviese escondido detrás de la puerta.

Había perdido mi natural rubicundez y hasta los calzoncillos me venían anchos.

Cada dos ó tres días llegaba á mis manos una carta de mi verdugo concebida en esta forma:

«Donde le encuentre á usted, le estropeo.»

Una tarde tuve que salir de mi domicilio contra todo mi deseo. Habíame citado un personaje para ver si era posible meterme en ferrocarriles. Yo iba ocultando el rostro con el embozo de la capa, y de pronto... ¡horror!... ví al sastre parado en una esquina, con un palo muy gordo en la mano derecha y unos ojos verdes ribeteados de grana, que despedían chispas.

—¡Dios mío! ¡Él!—dije yo sintiendo que mis piernas flaqueaban y que el corazón latía con violencia.—¿Dónde me meto? Ese hombre está esperándome para cometer conmigo un atropello... No me queda más recurso que subir á una casa cualquiera. ¡Pero él me seguirá! ¡De seguro!... Ya sé; voy á llamar en cualquier piso; preguntaré por el primer nombre que se me venga á la boca... Preguntaré por mí mismo. Si, daré mi nombre, y así no me expongo á que me contesten afirmativamente.

Y subí las escaleras de una casa de lujoso aspecto. Llegué al piso principal y apoyé el dedo en el botón del timbre.

—¿Quién?—preguntó un criado por el ventanillo.

—Servidor.

—¿A quién busca usted?

—¿No vive aquí D. Secundino López?

—Sí, señor; pase usted.

—(¡¡ !!)

LUIS TABOADA.



CALLEJEJO

- ¿De tiendas?
—Sí.
—¿De campaña?

Murmuraciones.

UN pueblo chico es una casa de vecindad grande. Hay vecinos de los principales y vecinos de los sotabancos. Unos que viven en las tiendas y otros allá en chiribitiles asquerosos. El alcalde hace oficios de portero; el dueño de la finca bien puede ser el Gobierno que dispone de la renta por segunda mano, sin enterarse casi nunca de la suerte de sus inquilinos.

Pero todos los pobres y los ricos, los de arriba y los de abajo, se relacionan frecuentemente. Tienen los contactos de la vecindad, y por eso se crean ciertas intimidades superficiales, pero intimidades al fin, entre los plebeyos y los poderosos,

entre los que maldicen de su negra suerte y los que se figuran que la vida es alegre como unas Páscuas.

Viviendo la generalidad como en familia, no hay para nada ni para nadie secretos. Se habla de las cosas ajenas con el mismo desenfado que de las propias. Lo que le sucede al síndico lo comenta el alguacil con la misma franqueza que si se tratara de sus asuntos íntimos. Del alcalde abajo ninguno se excluye de esta regla general, y así la murmuración constituye algo fisiológico, normal en los pueblos. Sin contar con que existen otros motivos que disculpan á los murmuradores.

La gente que tiene ocupaciones, bastante carga lleva encima con su trabajo. La que puede holgar, se aburre. El campo próximo despierta en la generalidad vivas que no siempre encuentran aplicación. Es preciso entretener el tiempo. Los días son breves, porque la contemplación de la naturaleza parece que acorta las horas; pero las noches, ¡qué largas son las noches en el pueblo!

Sin el bullicio y sin las diversiones de la corte, sin el ir y venir que en las capitales alegra las calles, no se sienten deseos de andar por la villa, y apenas se ennegrece el cielo es cosa de sentarse junto al

hogar, para *hacer ceniza*, para ver cómo se consumen los leños, y cómo chisporrotea el tuero, y sentir el suave calor que dan las llamas, empenachadas con humo, que la men y consumen los rescos maderos.

El verano tiene siquiera la ventaja de incitar á las expediciones nocturnas. Son muy sanos los paseos por las campiñas en esas noches de Agosto serenas y majestuosas, durante las cuales parece que los ruidos del campo, al dilatarse por el espacio inmenso y tranquilo, forman una especie de discurso elocuentísimo, en el cual se borran todas las grandezas de Dios y del mundo.

Pero en el invierno no hay más remedio que sentarse junto á la lumbre y pasar el tiempo esperando al sueño con deseo igual al deseo con que se espera á una mujer después de una cita amorosa. Así se explica que sea preciso murmurar. Se reúnen tres ó cuatro amigos, y allí junto á las brasas empiezan á contarse lo que saben, y en esas horas es cuando se da por bien averiguado que el juez municipal anda en tales ó cuales gatuperios, ó que la hija del fiel de fechos está en relaciones con un hijo del veterinario.

Los moralistas teóricos abominarán de estas murmuraciones, pero son inevitables, fatales. No es cosa de instalar en el pueblo un Ateneo y de provocar discusiones acerca de cualquier tema en la sección de Ciencias Morales y Políticas.

Se murmura ¡algo hay que hacer! Se murmura acerca de lo corriente. Madrid está lejos, y sus ruidos ni siquiera apagados llegan al pueblo rural. Además, en la corte se habla una especie de dialecto, una jerga incomprensible. Es preciso haber vivido en la capital de España, conocer sus personajes y las cábalas que les son propias para traducir muchas de las noticias de los periódicos, y sobre todo para interesarse por ellas. Que el señor tal prepare un discurso acerca de esto y de lo demás allá. Bueno que lo prepare y después que lo pronuncie; ya lo leeremos, si lo leemos. Y ahora sigamos con lo nuestro. ¿Con que la chica del fiel de fechos?...

¿Por qué ha de ser esto peor que irse al salón de Conferencias y arrimarse á una de las cuatro chimeneas, y recostado en ella disertar acerca de la *cosa pública*? En el pueblo no hay afortunadamente quien le roa los zancajos á los escritores ilustres, ni quien se encargue de ajustarle las cuentas al artista hache ó be. Aquí no hay Círculos literarios que valgan. Pues entonces reconozcamos como fatales esas murmuraciones al amor de la lumbre. Mientras en cualquier cervecería de Madrid varios se entretienen, es una suposición, en poner en solfa á Echegaray y á Pérez Galdós, pongamos nosotros en solfa al hijo del maestro de escuela, que también escribe dramas y novelas en sus ratos perdidos.

Esta es la *génesis* de muchas de las murmuraciones, de esas decantadas murmuraciones de los pueblos. No hay mala fe generalmente ni deseos criminales ni quien tal pensó en las hablillas de los lugares. Son las tales hablillas la válvula por donde se escapa la actividad de un buen número de ociosos, á quienes la lluvia y el frío obliga á meterse dentro de sus propias casas, y el afán de gastar el tiempo lleva á intervenir en lo que sucede en las casas ajenas.

Los asuntos de las murmuraciones no valen la pena de irritarse contra ellas. Después de murmurar no se ha infringido ninguna ley humana. Los temas son poco ó nada transcendentales. Todos se reducen á comentarios acerca de los sombreros que llevaron á misa las señoritas del lugar; acerca de los propósitos más ó menos disimulados de casarse que tienen los ricos herederos, habitantes en la villa; acerca de los trapicheos ocultos entre unas y unos, cuyos nombres se dicen en voz baja, y en voz baja corren que es un gusto entre toda la gente.

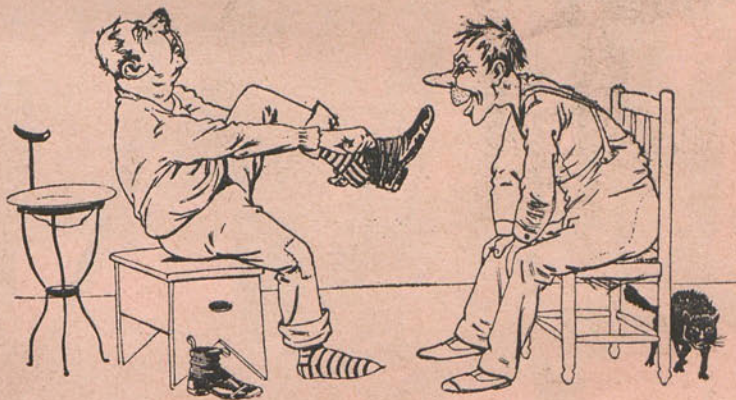
En los pueblos no hay periódicos diarios, y las noticias existen sin embargo, no en sueltos redactados por periodistas, sino

hechas con carne de vecinas y vecinos. Tampoco hay grandes acontecimientos. No cabe pasar la velada leyendo las descripciones de crímenes, suicidios, etc. El periódico-hembra ó el periódico-hombre del pueblo, no pueden referir cosas extraordinarias, y tienen que contar las que suceden. Y lo hacen así, no por maldad, sino por costumbre, una costumbre que proporciona goces á los que la tienen. Gran placer el del bien enterado que va de una parte para otra siempre usando la muletila. ¿Y ustedes no saben lo que le ha ocurrido á X? Y empieza á decir con prolijidades sin cuento lo que á X le sucedió y lo que á X le pasa.

Algunos toman otro rumbo. Se dedican á jugar, y suele sucederles que lo que ahorran de murmuraciones lo pierden en dinero. La otra noche me tropecé con uno que salía malhumorado del casino. ¿Qué ha sido eso? Nada. Que me he quedado sin una peseta. Le tomé cariño al rey y empecé á apuntarle sin resultado. Yo siempre con los reyes y ellos negándose. Y el hombre se alejó diciendo con un acento de profunda tristeza.

¡Los reyes suelen dar mal pago!

J. FRANCOS RODRÍGUEZ.



—Tira más fuerte, hombre.



--¿Así?



DEL ARROYO

—¿Y nunca has tenido padre?

—No, pero en cambio casi todos ustedes me llaman hija.

50 PESETAS DE REGALO

Desde el número próximo daremos comienzo á una Sección de **jeroglíficos, rompecabezas, charadas, saltos de caballos, laberintos, etc.**, con premio para todos los lectores de LA CARICATURA que envíen la solución con perfecta exactitud.

Estos premios se darán **todas las semanas** en la siguiente forma:

PRIMER PREMIO

Cincuenta pesetas al comprador ó suscriptor de LA CARICATURA que primero envíe la solución del jeroglífico ó charada, etc., que se indique.

Cinco segundos premios, de un año de suscripción á LA CARICATURA, para las cinco soluciones que se reciban después.

Para la adjudicación de los premios se guardará riguroso turno. Las que primero lleguen á nuestra redacción serán las premiadas.

LOS HOMBRES DEL DÍA



FRANCISCO JAVIER AMÉRIGO
AUTOR DEL CUADRO "EL DERECHO DE ASILO"

Cuentos franceses.

LA DILIGENCIA Y EL FERROCARRIL

I

PERO, ¿dice usted de verdad que recuerda con gusto las diligencias?

—Sí, señor; nunca ocurrieron en ellas esas hecatombes humanas, esas tortillas de viajeros que á cada instante registran los anales del ferrocarril. ¡Se le ponen á uno los cabellos de punta! —Y continuó mi interlocutor.

—En las diligencias sucumbían también las gentes hacinadas, cayendo, desde la carretera, á los profundos abismos de algún derrumbadero, pero abandonaban este mundo en familia, entre cariñosos amigos; pues con ser tan largo el camino, daba espacio suficiente á trabar relaciones íntimas, de las cuales nos separábamos muy pesarosos á la terminación del viaje, y

nadie veía rebajada la dignidad de sus huesos, como hoy, que en la horrenda carnicería de un choque, se confunden, en el montón, con los de innumerables personas desconocidas. Antes sucedía cualquier desgracia en la carretera, y al punto erigían una cruz en el sitio de la catástrofe, convirtiéndolo en lugar sagrado, donde los pasajeros se detenían á rezar. La cruz, unida á lo pintoresco del paisaje, añadía hermosura á la naturaleza.

—Yo, repliqué. —Sí, pero se viajaba tan despacito...

—Mejor que mejor —dijo aquelel estacionario. —A más de adquirir buenas y sólidas amistades masculinas, se entablaban otras femeninas sumamente agradables. Era mucho aquello de viajar apretaditos... El colegial menos avisado salía hecho todo

un sabio en materias de amor á impulsos del contacto inevitable y casi general con las vecinas, que proporcionaba la estrechura del vehículo y su incesante traqueteo.

—Desengañese usted, amigo—añadí.— En ferrocarril se disfruta de igual modo... y cuando están propicias dos voluntades, se aunan... en fin, hay túneles... y hasta pueden cometerse desatinos á mansalva que en la diligencia hubieran salido caros.

Referiré á ustedes cierta ocurrencia mía.

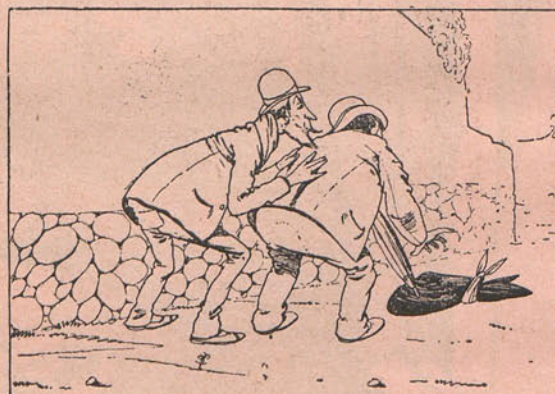
El estacionario y un joven elegantísimo se disponían á escucharme, lanzando al propio tiempo miradas penetrantes á una señora muy guapa y á la hija de ésta, que lo era más aún, y ocupaban los rincones del extremo opuesto del coche de primera en donde íbamos hablando.

UN ENVOLTORIO

(HISTORIETA)



1.—¿Qué es aquello? Parece un lío.



2.—¿Será dinamita? ¡Con cuidado!



3.—Se oyen quejidos... ¿Un crimen?



4.—Alguna madre infame, alguna...

II

—Vivía yo en Bruselas: una noche perdí al juego hasta el último céntimo; me acosté malhumorado; no pude dormir; al levantarme de la cama odiaba al género humano, y salí á la calle cual otro Nerón dispuesto á quemar la ciudad. El día amenazaba tormenta, y el estado atmosférico empeoró la agitación de mis nervios. No hallaba manera de calmarlos, y pensé que dando un bofetón había de encontrar algún reposo. Todos hemos experimentado estos impulsos injustamente agresivos. Salí, pues, de casa diciendo: «al primero que me tropiece, le pego»; mas quiso la suerte negar sus favores á mi fantasía: sólo crucé, ó con gentes tan bien educadas que se desvivían por dejarme la acera, y tuve á cargo de conciencia responder á su exquisita finura de un modo brutal, ó con personas muy robustas y mal encaradas, á las cuales hubiera sido temerario buscar

querella, porque me iban á romper el esternón. No obstante, mi irritabilidad aumentaba; la mano derecha subía sola ansiando descargar su peso en el rostro de todos los transeúntes. Seguí paseando hecho un tigre, y sin saber cómo llegué á la estación del ferrocarril; el tren se disponía á marchar; la chispa del genio brotó en mi cerebro; subo al estribo de un coche en el instante que la locomotora arrancaba, y grito como llamando:—¡José! ¡José!— Un viajero imprudente asoma por la ventanilla, y ¡pam! deposito en su cara, con todas mis fuerzas, el bofetón que tenía guardado tantas horas. Me apeé al momento, el tren aceleró la velocidad llevándose al pobre viajero, hecho un tomate el carrillo, chillando y gesticulando furiosamente, sin poder vengar la afrenta recibida mientras yo quedaba experimentando cierto bienestar indescriptible.

—¿Y no pasó más?—preguntó el joven.

—Sí, señor; supe después por un amigo, que casualmente iba en aquel coche, que

al llegar á la estación inmediata, fué el de la bofetada á contarle lo ocurrido al comisario de policía; escribió su queja en el libro de reclamaciones, y puso debajo *Mateo Hostequettes*. El jefe de la estación estaba presente, leyó la denuncia y dijo: ¿Pero no se llama usted José? Me llamo *Mateo*, bien clara está mi firma. Pues entonces amigo, añadió el jefe, esta reclamación es viciosa; la bofetada no era para usted.

Nuestras compañeras de coche demostraron con sonrisas que les había agradado mi relato.

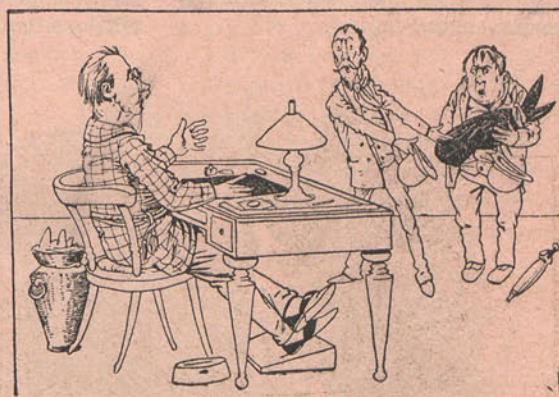
—Yo—habla el joven antedicho—voy á demostrar también á este señor, tan amante de las diligencias, como en ferrocarril puede uno ejecutar libremente cuanto se le antoja. Experimento hace rato dolorcillos de cólico, y...

—¡Ah, caballero, qué horror!—exclamó la señora de más edad toda descompuesta.

—¡Respete usted la presencia de mamá!—añadía la otra.



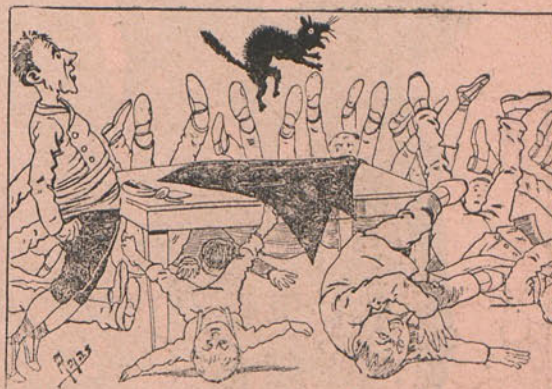
5.—¿Qué resolverá el alcalde?



6.—Señor, ¡una pobre criatura abandonada!



7.—¡Pobrecito! ¡Se habrá asfixiado!



8.—¡.....!

—¿Olvida usted que van señoras?—dijo yo severamente.

—¡Calma, amigos míos, calma!—replica el joven ¡Ustedes verán el medio que empleo...

En esto para el tren y gritan en la estación: ¡La Motte-Auvés, un minuto de parada!

III

Abre el cólico la portezuela; un empleado de la estación le pregunta:

—¿Se queda usted aquí?

—No—contesta el primero;—mas necesito aplacar ciertos dolores del hipogastrio...

Empleado.

—¡Imposible; no hay tiempo para eso!

Joven.

—¡Pues ello es preciso y ha de ser!

Empleado.

—Espérese usted hasta la estación que sigue.

Joven.

—No puedo aguardar.

A esto salta, atropella al empleado, y ligero como una bala desaparece de nuestra vista.

—¡Vaya un lance apurado!—murmuraba la mamá en tono burlón.

—¡Sentía ya tales náuseas!—dijo la niña con acritud y suspirando.

El estacionario y yo hacíamos comentarios acerca de la inoportunidad del cólico, y pensábamos que el joven tendría precisión de aguardar otro tren para seguir el viaje... Si iba la máquina y el tren no anda; pasan dos minutos, suena el pito del jefe, y... la locomotora, conteniendo á duras penas el exceso de vapor, inmóvil en su punto. Pasan tres minutos. Los empleados corren por el andén como locos. Todos nos imaginamos: «acaban de recibir aviso de alguna interrupción en la vía». Me asomo á la ventanilla, y veo al jefe á la cabeza del tren, y algo más allá de la locomotora, hablando con viveza y hasta enérgicamente, con alguien que yo no descubría.

—¡Mal educado! ¡Sucio!—gritaba.

Las respuestas no llegaban á mi oído, y sólo percibía un murmullo de palabras sin el menor acento de cólera.

Observo que entregan un cuaderno al jefe, donde éste comienza á escribir.—El asunto va para largo—dijo.—Me bajo, tengo tiempo de satisfacer la curiosidad.—Me aproximo al jefe y contemplo un espectáculo, si no limpio, sumamente cómico.

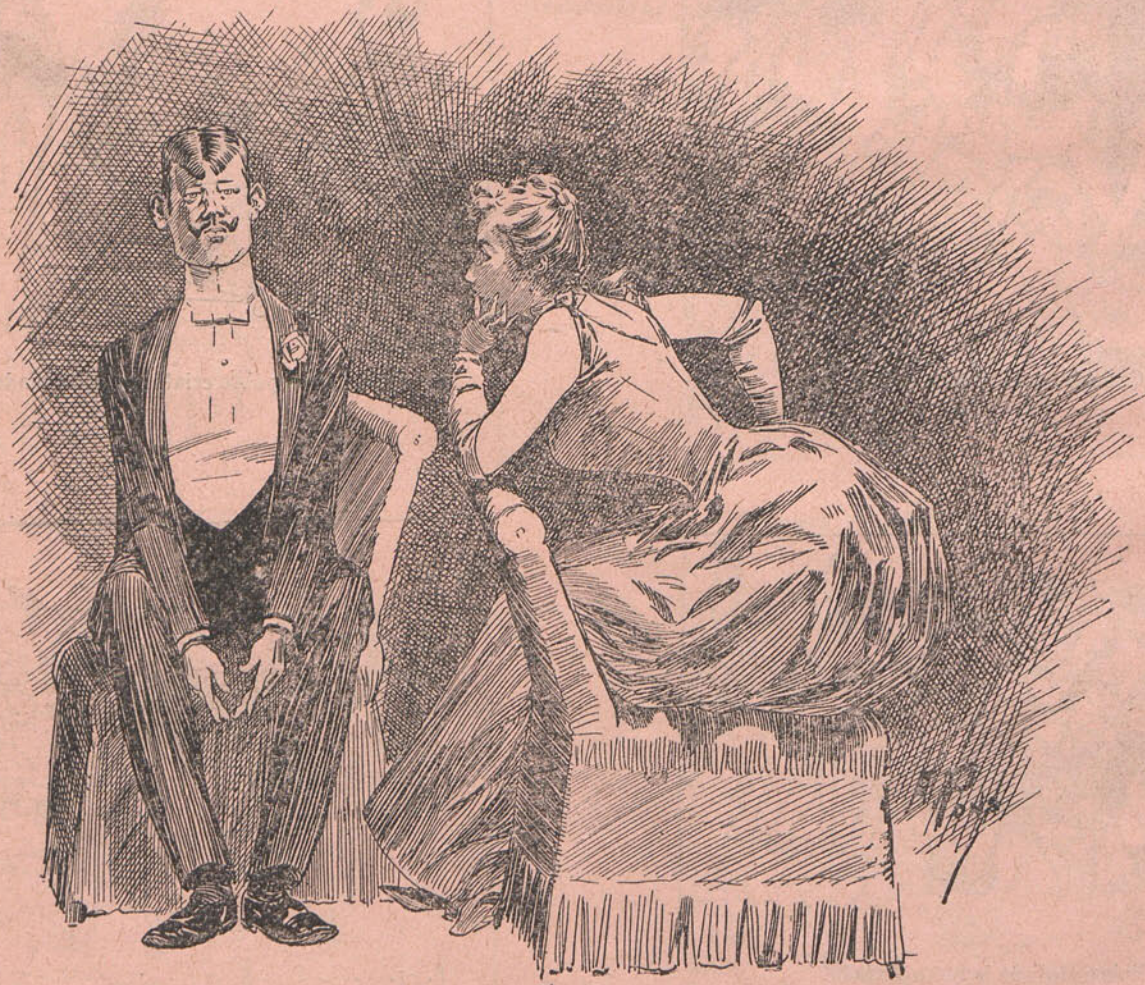
Nuestro compañero de viaje, puesto en cucullas delante de la locomotora, al mismísimo borde del andén, de cara á la estación, con los pantalones á la altura de las rodillas, convertido en ondulante bandera el faldón de la camisa, y á merced del fresco viento las desnudas espaldas, estaba aliviando sus dolores sobre los rails, sentado en aquella butaca imaginaria, con igual majestad que un senador en la silla cunil. Las flores nacidas espontáneamente en ambos taludes de la vía, enrojecían indignadas; las perfumadas rosas del modesto jardín de la estación palidecieron de vergüenza, y una pajarita de nieves mura i sfixiada.

Acabado que hubo el jefe de escribir, se encaró con el joven diciendo:—¡Ya pagará usted acto tan indecoroso!—Aquí (por el cuaderno), está la denuncia en regla, y envíe copia al juez. (Mostrándole una hoja suelta).

—¡Bravo!—contestó mi compañero de viaje con flema inaudita.

—¿Con que me lleva usted ante los tribunales? Según las leyes, de todo cuanto se pide, hay que dar traslado á la parte; tenga usted, pues, la bondad de entregarme ese papel.

ARMAND SILVESTRE.



FIN DE SIGLO

—Es que, hijo mío, tú tienes ideas despóticas; crees que porque tú eres fiel y constante hemos de serlo los demás, y eso no es justo; cada cual guarde la fidelidad que quiera.

SUERTE DE LAS PALABRAS

DE las palabras se puede decir lo que de las criaturas: unas nacen con estrella y otras nacen estrelladas. Mientras las hay que habiéndose criado en humildes pañales, medran, suben, por casualidades de la vida, corren de boca en boca (la idea que expresan no suele llevar el mismo paso en las inteligencias), y llegan á ser título de un partido, símbolo de una religión; hay otras que, habiendo ocupado altas posiciones en el mundo de la política, de la ciencia, de la literatura, yacen hoy abandonadas, por reveses de la fortuna, como trastos viejos en obscuro camaranchón, ó tienen que mendigar un puesto en la lengua de la gente menuda, ó del pueblo, según dicen los que ignoran el sentido de esta palabra. ¡Y gracias, si no tienen las pobres que comprar á costa de la honra, quiero decir, encanallándose, algunos años más de vida!

Vosotras, ténues é invisibles palabras, inmortales aun en el nombre, desde el *Verbo* evangélico hasta las tres célebres *Words* de Hamlet; vosotras, más luminosas que el arco voltaico, más fuertes que el roble, más poderosas que la dinamita, más penetrantes que afilado acero, más eternas que todas las demás obras humanas, puesto que sobrenadáis en los grandes naufragios de imperios y civilizaciones; vosotras, digo, dulces unas veces como arrullo de enamorada tórtola, majestuosamente terribles otras, con la majestad del trueno, me ofrecéis el cuadro más acabado de cuantas desdichas afligen á nuestra flaca y mísera humanidad.

Si hay postergación en las personas, no la hay menos entre vosotras. Si se dan casos de poca viabilidad en las criaturas, también en vosotras se cuentan vocablos abortados, de vida efímera por mal conformados. Si se ven ejemplos de longevidad entre nosotros, hay asimismo Matusalenes compuestos de vocales y consonantes. Si un Lázaro volvió á la vida—gran desdicha aunque no lo parezca—tampoco escasean entre vosotras Lázaros, que muertos y arrumbados, tornan de nuevo á la vida.

Pero, ¿á dónde voy á parar?

Es, pues, la cosa, ¡un grano de anís! que, según observaciones mías, desde hace bastante tiempo, el artículo *un* se emplea cada vez menos, y que hay así como una tendencia á borrarlo del número de los vivos, fuera de los casos (¡no faltaba más!) en que padezca la claridad de la frase.

Recuerde el pío lector las veces que ha encontrado en los escritos contemporáneos las locuciones «de una manera», «de un modo», y compárelas con el sinnúmero de «por modo» que, por vida del diablo, si no parece que la aprendieron en viernes los que de tal modo la prodigan; mire después á estotro lado y hallará «desde sitio cual el altílo» al más único pintor, con la

pluma, del siglo y aun del mundo, «describiendo bética danza bajo parral frondoso»; siga por otro sendero, y topará (no lo tome á alusión, pues que ignoro su estado, cuanto y más su buena ó mala fortuna en uno de ellos), con «larga mesa que se extendía», y dígame por su vida si no tengo razón, si esas frases no están pidiendo unos cuantos *un*, como los niños la *Emulsión Scott* á gritos, según los anuncios de esta salutífera pócima.

No es que sea algo mío el susodicho artículo, ni que yo reciba utilidad alguna porque se use ó se deje de usar, sino que soy así. Me dejarán completamente frío las cosas que me rodean, y me acalorará en cambio lo que puedan decir y hacer los lunáticos... de la luna. Un alcalde de Totana, dejándose morir de pena porque al vecino le sacaron grande el chaleco, no sólo lo encuentro verosímil, sino digno del mayor aplauso; como que en él veo generosa víctima (¡ya me contagié!) de los sentimientos altruistas.

Tal vez se escudarán los defensores de la omisión del pobre *un* tras el espantajo del galicismo. Todo porque la Academia lo ha dicho, porque lo dijo Baralt. Nadie más aprensivo que yo al mal francés, digo, al galicismo en materias filológicas, y en las que no lo son; pero ni aun eso me convence.

En el prólogo del *Quijote*, primera parte, lo emplea Cervantes nada menos que veintiocho veces. Hoy, en un escrito de igual extensión, apenas le darían cabida nuestros primeros espadas en achaques de estilo la cuarta parte, y me alargo mucho. ¡Qué de censuras no lloverían sobre el siguiente pasaje, á ofrecérseles ahora recién salido del horno! «No dirán sino que son unos santos Tomases y otros doctores de la Iglesia, guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglón han pintado un enamorado distraído, y en otro hacen un sermoneico cristiano, que es un contento y un regalo oírle ó verle.» ¿Y nos atreveremos á querer competir en clasicismo con el clásico? No pretendamos ser más papistas que el Papa.

En resumidas cuentas, hallo en la manera de hablar que censuro, quizá sea aprensión mía, un no sé qué de afectado, algo como asomo y vislumbres de estilo más ó menos culterano, nunca totalmente muerto en nuestro suelo. Pensar en la sistemática postergación del *un* y recordar aquel verso «que meció cuna en menear dormido», de *La moderna jerigonza*, todo es en mí uno.

¡Lo que son los contrastes de la vida! Mientras se extiende al desdichado artículo la partida de defunción, se da de alta á inútiles vejestorios, cuyos verdes años no alcanzaron, por demasiado jóvenes, Lain Calvo y Nuño Rasura. Comprendo los neologismos y arcaísmos en los nombres, porque designan cosas ó propiedades, y

éstas nunca persisten en su ser, cambiando á veces más y á veces menos de lo que nosotros ¡ay! deseamos. Tampoco me repugnan en los verbos, porque se hacen ó padecen ya unas cosas, ya otras; en España, por ejemplo, unas veces se hacen procesiones, otras motines, y otras las dos cosas juntas, para mayor gloria de Dios y edificación de los fieles. Lo que no puedo digerir es la necesidad de tales extralimitaciones, después de formado el idioma, en las palabras que designan relaciones, cuando, si hay algo absoluto en el mundo, es lo relativo. Y de que tengo razón podrán certificar un *magüer*, un *so* y unos *es*. tafermos que, *magüer* (*janch'io son pittore!*) que parezca mentira, andan por esos mundos, en vez de estar quietecitos en el cementerio, esperando el día de la resurrección de... las letras.

Triste cosa es tocar en los extremos sin poder sostenerse en el medio. Queremos ser castizos y nos hacemos arcaicos; tratamos de hablar en sabio y caemos en neologismos bárbaros; sudamos por decir lindes y damos de bruces en lo chocarreo; y á veces, en un mismo escrito, lo castizo y lo bárbaro, lo elevado y lo grosero, andan á la greña que es una compasión.

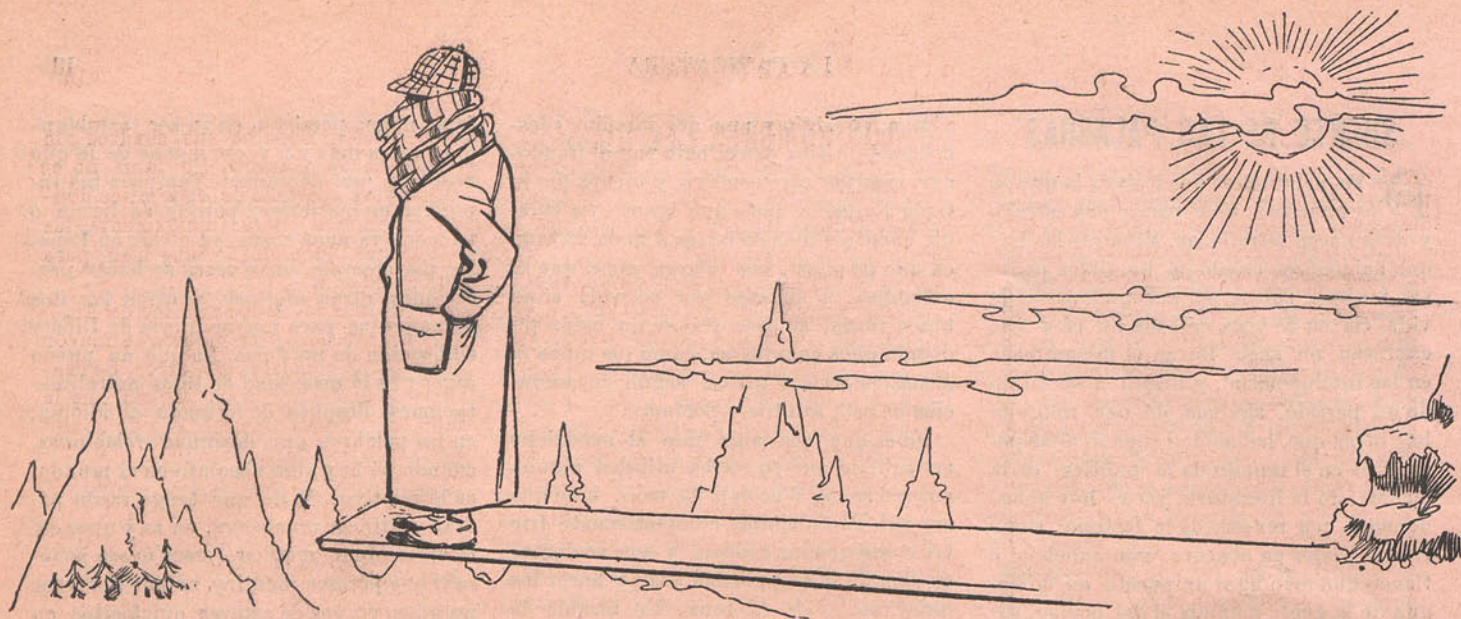
A defecto he tenido por mucho tiempo tal estado de la lengua; pero hoy no sé si con mejor acuerdo me he vuelto la casaca. ¿Qué estado más propio del idioma que el babilónico, para expresar el bolonio de nuestras inteligencias de fines del siglo?

JOSÉ MARÍA ESBRÍ.

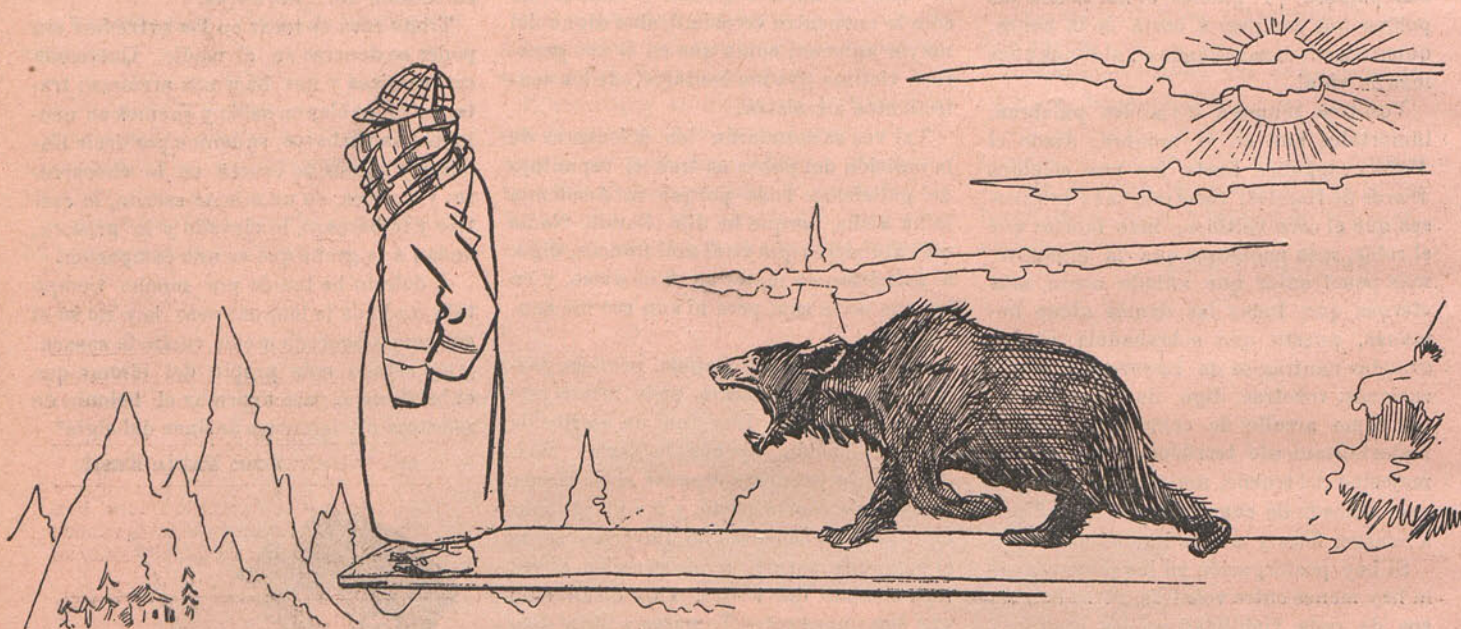


CAPITÁN ANDREWS

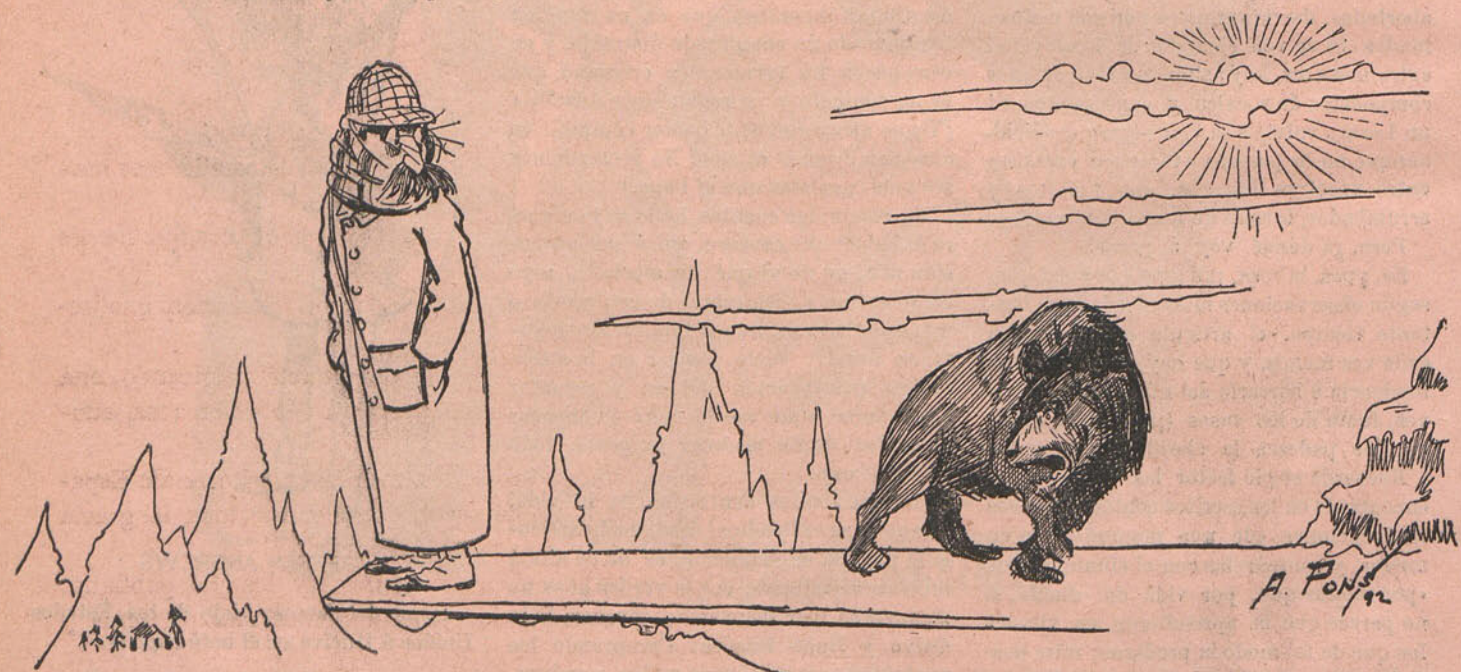
Héroe del famoso viaje de los Estados Unidos á Huelva en el bote *Sapolio*.



—Pronto empezará el deshielo.



—A este me lo meriendo yo antes que llegue el deshielo.



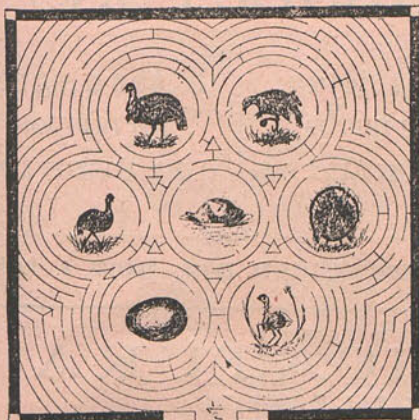
—¿Quién anda ahí?

—Usted perdone, ¡no había visto que era un inglés!

LABERINTO

(SIN PREMIO)

Ahí va el primero, que puede servir de ensayo para que se vayan ustedes acostumblando.



Este laberinto puede titularse *Historia del pavo*.

Cojan ustedes un lápiz y empiencen por la abertura que hay al pie del dibujo: es la entrada del laberinto.

Y ahora el trabajo que tienen que hacer es muy sencillo: trazar una línea, sin levantar la mano, entre los diferentes círculos en que está encerrado el pavo en todas sus fases; pero bien entendido, que no se puede cortar ninguna línea y sí aprovechar los espacios dejados entre ellas. Tampoco puede volverse sobre lo trazado; es decir, que entre dos circunferencias, sólo puede trazarse una línea.

Termina el laberinto en la circunferencia del centro.

En el número próximo daremos la solución.

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

LOS HOMBRES DEL DÍA

FRANCISCO JAVIER AMÉRIGO

Nació en Valencia y ya no es joven, aunque tampoco es viejo. Estuvo en Roma y allí pintó un cuadro que fué premiado, y que hoy se exhibe en la sala de contemporáneos de nuestro Museo.

Después se dedicó a la pintura escenográfica é hizo prodigiosos telones, muchos de los cuales aplaudió con entusiasmo el público. ¡Cuántos bosques ideales, jardines encantados y misteriosas grutas de las comedias de magia creó el pincel de Amérigo, más que por amor al arte por exigencias de la necesidad de vivir!

Pasaban los años, y Amérigo, metido en las faenas laboriosas de componer cartones para la real fábrica de tapices y de enseñar dibujo del natural á los alumnos de la Escuela de Artes y Oficios, no tenía tiempo para crearse su gloria. La verdad es que los garbanzos suelen ser enemigos de las pompas y vanidades del mundo...

Pero al fin hizo un esfuerzo y pintó el hermoso lienzo *Saco de Roma*, que obtuvo primera medalla en la Exposición de 1886. Después, y por encargo del Ministerio de Ultramar, hizo otro cuadro representando *La inauguración de la Exposición filipina*. Por último, en el actual certámen de Bellas Artes, exhibe *El derecho de asilo*, lienzo de verdadero mérito.

Amérigo es un buen pintor y además es modesto, cosas que no son incompatibles, aunque á veces parezca lo contrario. El mérito mayor de sus obras consiste en

la composición. Concibe sus cuadros con arrogancias de maestro. Su fama no es ruidosa; vive apartado de esos sitios donde se ganan fácil, pero injustamente, las reputaciones. Sabe pintar muy bien, pero no sabe pintarla.

Hemos hablado de los méritos de Amérigo, y es preciso hacer pública su mayor debilidad, que consiste en el arroz. Se desvive por comer arroz, y es seguro que le agrada tanto como una medalla de honor una paella valenciana.



—Vayan con Dios los cuerpos colombófilos y tal!

Horas de oficina en la Administración, de 8 á 12 de la mañana y de 3 á 6 de la tarde.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES.

Todos los grabados de este número, han sido hechos en los talleres de fotograbado de L. R. y C.^a, San Bernardo, 69, Madrid.



OIGAN USTEDES

Como se ve, no descansamos en el camino de las reformas.

LA CARICATURA seguirá progresando y mejorando sus condiciones materiales, si ustedes nos siguen dispensando sus favores.

Sería faena interminable enumerar las infinitas dificultades que hemos vencido para llegar adonde ustedes nos ven.

Aún faltan muchas cosas que hacer, mejoras de consideración que iremos introduciendo lentamente.

Una de ellas es el papel. Por encargo nuestro se está fabricando una gran cantidad de hermoso papel glaseado, también de color rosa, aunque menos fuerte.

Una brillante redacción, compuesta de los mejores escritores de España, se encarga de llenar esas hojas de papel, derrochando toda la gracia y todo el ingenio con que les ha dotado la Providencia.

Los fotograbados que se publican en este número y los que publique mos en lo sucesivo, están hechos por los procedimientos más perfectos y demás costo.

Los caracteres de imprenta son totalmente nuevos.

Todo por 15 CENTIMOS. ¿Se puede pedir más?



Los anuncios para LA CARICATURA sólo se reciben en la empresa anunciadora Los Tirolenses, Barrionuevo, números 7 y 9, entresuelo.—Teléfono 331.



Carrasco hace sombreros tan superiores, que en ninguna otra parte los hay mejores.
26, Carretas, 26



¿Por qué quiere bombones la Federica?
Porque probó los nuestros, que es cosa rica.
LA ESPAÑA
Santa Engracia, 14.

E. DE PALACIO

ADAN Y COMPAÑÍA

ANGEL PONS

Historietas.

300 DIBUJOS

3,50 PESETAS

Notas alegres.

300 DIBUJOS

3,50 PESETAS

MANUEL FERNÁNDEZ LASANTA, EDITOR.—RAMALES, 6.—MADRID

La Sociedad de sustitución y redención del servicio de las armas, titulada *La sin rival*, es indiscutible la que más conviene á los padres de familia, cuyos hijos sorteen en el actual reemplazo, tanto por la economía que tiene establecidos en los precios de las operaciones que efectúa, como por las garantías absolutas que da á los que contraten con la misma. Abada, 7 principal.

LA CARICATURA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
SE PUBLICA LOS SÁBADOS

16 PÁGINAS. 15 CÉNTIMOS

ADMINISTRACIÓN, CHURRUCA, 4, BAJO, MADRID

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias: Semestre, 4 pesetas; año, 7 pesetas.

Ultramar y extranjero: Año, 10 francos.

En provincias no se admiten suscripciones por menos de un semestre, y en Ultramar y extranjero por menos de un año.

El pago es adelantado.

VENTA.—Número suelto, 15 céntimos.—Id. atrasado, 30 céntimos. Corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Toda la correspondencia á nombre del Administrador, D. RAMÓN MILLET.

BANCO CERROLAZA Y COMPAÑÍA

CAPITAL SOCIAL: 5.000.000 DE PESETAS

IMPOSICIONES

Este Banco admite cantidades en depósito y en cuenta corriente desde 500 pesetas en adelante, y abona por las mismas los intereses que van á continuación:

En cuenta corriente, á la vista, el 3 por 100 anual.
En depósito, á plazo de 1/2 año, el 6 por 100 anual.
En id. id. de 1 año, el 8 por 100 anual.
En id. id. de 2 años, el 10 por 100 anual.

Se admiten también cantidades á renta vitalicia, á interés convencional.

OPERACIONES

sobre títulos cotizables, cupones, resguardos de la Caja general de Depósitos, del Monte de Piedad y otras garantías.

INTERESANTÍSIMO



—Soy muy desgraciado. Confíe mi dinero á unas sociedades de crédito y me han dejado así.

PARA MAS DETALLES,

PÍDANSE PROSPECTOS AL DIRECTOR DE ESTE BANCO

PRECIADOS, 1, SEGUNDO, MADRID

Teléfono 812.

Imp. de Enrique Rojas y C.^{ta}, plaza de los Mostenses, 12.



¿Que por qué me va tan bien? Porque tengo mis cuartos en casa de Cerrolaza, y allí están seguros.